

Los grandes diarios.

Historia de un corresponsal del «New-York Herald», George Eugene Bryson. — Revoluciones, Van doux y Antropofagia.

Quien mire a mi amigo Bryson, con su cara de hombre sencillo, su trato modesto, su vestir más modesto aún—en todo antípoda del *cabotin*—, yanqui de fuerte cepa, vigoroso, musculoso, práctico; quien mire, digo, a Bryson con la facha que tiene, no calculará por cierto quién es él, cuánto vale ese brazo, ese talento; cuánto pesa esa energía. Con la vida de Bryson se puede escribir un curioso libro a lo Julio Verne.

Cuando, gracias a la amabilidad de un caballero cubano muy conocido por los enviados argentinos al Congreso Panamericano, tuve ocasión de tratar al personal del *Herald* en Nueva York, como hablase con Mr. Howland o míster

Reick — no recuerdo con certeza cuál de los dos —, oí por vez primera el nombre de Bryson. Estaba éste en una de tantas odiseas revolucionarias, creo que en los países centroamericanos, donde el mal es endémico. Oí alabar su actividad y su carácter, cualidades que al conocerle personalmente he reconocido.

Sábase cómo es *Herald* de Nueva York, qué periodistas, qué viajeros, qué corresponsales tiene a su servicio. En la lista de su glorioso ejército brillan los nombres de un Stanley, cuyo viaje en busca de Livingsgton fué la base de su gloria; de un Jackson, que en las nieves de Siberia se ganó sus charreteras de general de la Prensa; de un Gilder, que fué al Polo; de un Morris, a quien los hielos árticos le comieron los pies; de otro Jackson, que en la guerra búlgara se distinguió tanto; de un Starks, de un Paul Potter, un Connery, un Chambers, un José Clarck, un Ballard Smith y otros cuantos que cruzan el Globo dirigidos por la fuerza central, por la cabeza y los cheques del famoso James Gordon Bennett.

Así George Eugene Bryson, que empezó de

vendedor de diarios como cualquier muchacho de los que aquí nos gritan: ¡Nación, o Diario, segunda!

En la gran Nueva York hizo Bryson sus primeras armas de *self-made-man*, o mejor de *self-made-boy*. Esas figuras que se alzan de la nada y logran a puños y hombros salir a flote, subir, triunfar, se ven más que en ninguna parte en el país enorme y agitado de los Estado Unidos. Recordemos al padre del actual dueño del *Herald*, cuyo barril-escritorio debía estar hoy en una caja de oro.

Bryson nació en Florida, y después de que hizo la vida de *news-boy* neoyorquino, volvió a su Estado, y atrayéndole por vocación el olor de la tinta de imprenta, se metió a cajista. Trabajó entonces en el *Jacksonville Times*, cuyo propietario era el actual director del *New-York World*, Mr. Jones. El cajista escribió después de componer, y he aquí al florideño laborioso de redactor en jefe del *Florida Daily Republican*, publicación que era órgano del partido republicano en el referido Estado. Sus trabajos de Prensa le hicie-

ron ser elegido diputado al Congreso del Estado de Florida.

Pero sus campañas del *Herald* comenzaron: Bryson es especialista en revoluciones, y partidario de todo revolucionario. Así fué como hizo viaje a Cuba cuando la insurrección que tenía por jefe al cabecilla Fragoso. El *Herald* tuvo al corriente a sus lectores de los menores detalles del levantamiento, a punto de que no fué otro que Bryson quien, mezclado en las agitaciones de la isla, fué quien llevó la primera remesa de 10.000 pesos oro al general Ruz.

Estaba en Cayo Hueso cuando se trató en los Estados Unidos de la candidatura de Harrison, y fué llamado a la *Press* para dirigir la sección de noticias políticas del Sur. Después el *Herald* le envió a aquellas nuestras tierras de Centro-América, donde la fiesta de los machetes se celebra cada vez que se le antoja ser traidor a cualquier sujeto de charreteras. No sé de qué nombres se trataba. ¿Ezeta, Vázquez, Rivas? Todo es lo mismo.

En Panamá se hizo empresario el correspon-

sal. Tomó a su cargo la parte inglesa del anti-guo *Estrella de Panamá*, de Boyd; el *Starand Herald*, que ha sido por aquellas Repúblicas la hoja más noticiosa y mejor informada.

Crespo, el venezolano, encendió su revolución, y naturalmente, Bennet envió su representante al lugar del incendio. Otra vez Bryson en su terreno. Garza, el sonado Catarino Garza, intenta armar una trapisonda a Porfirio Díaz, y Bryson va camino de Méjico. Policarpo Bonilla se presenta contra Vázquez en Honduras, y en ellas va a meterse Mr. Bryson, con tal que el cable transmita sus novedades. Con Crespo en Venezuela, cuando lo de Sacasa en Nicaragua, con los Sartorino en Cuba. Bryson ha sido el inevitable corresponsal del *Herald* de Nueva York, que, como antes he dicho, ha ocupado a la pluma curiosa y amena de Julio Verne.

Pero yo no hablo de Bryson, no escribo sobre su interesante personalidad, sino únicamente por contar a los lectores de *La Nación*, aunque sea en cortos renglones, las aventuras de este bravo periodista yanqui en el país de los haitianos; por

decir — aunque él no quiere: *Nou, nou!* — que ha comido carne humana — que le han hecho comer, rectifica — entre los negros de Haití.

Fué el caso que hallándose en Jamaica, recibió orden del *Herald* de irse a Port-au-Prince inmediatamente, pues allá olía a pólvora. No había barco ninguno para poder pagar los 2.000 dólares que el *Herald* destinaba a pagar un rápido transporte.

Partía un buque de guerra americano, el célebre *Kearsage*, que echó a pique al *Alabama*; pero el comandante fué inflexible: no quiso conducir al periodista. Bryson se dió maña para esconderse a bordo, y cuando llegó a Haití, saltó a tierra vestido de marinero. Enojóse mucho el ministro norteamericano cuando se supo que el corresponsal del *Herald* había burlado la vigilancia del comandante, y éste perdió su puesto; fué destituido. Pero el *Herald* es el *Herald*, y el comandante tiene hoy mejor puesto que el que tenía.

En esta guerra de las Antillas negras cruzó a caballo Bryson desde Santo Domingo hasta Cabo

Haitiano. Pasó días sin comer, días de peligro y de horrores entre los negros ebrios de Tafla. En un villorrio de gentes de África, Goyan, tuvo que pernoctar. Había allí *vau doux* de Dahomey, y era día en que se celebraban sus fiestas bárbaras. Una bruja negra, una sacerdotisa, presidía las hechicerías y las celebraciones asquerosas y sangrientas. Allí está Bryson, bailando con la hija de la *Mamaloa* o pitonisa endiablada. Y cuando llega cierta hora de la noche, el buen norteamericano ha tenido que contener las balas de su revólver, próximas a salir: se sacrificó en la ceremonia salvaje una negrita chica y bonita — *pretty, ten years old* —, y llevaron la carne a la reunión, y cocieron un manjar sabático, y Bryson, por salvar su pellejo... *Angels and minister of grace, defendus!*... Al día siguiente partía llevando un frasquito de aguardiente con sangre de la víctima, bueno, según la bruja, «para picadura de culebra y dolor de los huesos». Espoleando su cabalgadura, con el miedo que se puede permitir un corresponsal de diario yanqui, Bryson pudo llegar a Montecristi, en donde en-

contró al célebre general Ulises Heureaux jugando a los gallos, presidencialmente, a las cuatro de la mañana; un gallo se llamaba *Haití* y otro *Santo Domingo*. «¡Oh! — exclamó el jefe dominicano —, estos diarios lo mismo mandan un repórter para una revolución que para una gallera.»

Las recientes páginas de la vida periodística de Bryson son Wecks, cuyo caso es semejante al de Balfour, y la guerra del Brasil. En la primera situación el repórter detective recibió instrucciones para buscar al abogado Wecks, acaparador de algunos fondos, entre los cuales dinero del *New-York Herald*.

Kingston, Cartagena, San Thomas, diez lugares más recorrió Bryson, en los cuales, según sus informes, debía encontrarse el notable estafador. Por fin lo encontró en San José de Costa Rica, de donde, por la palabra del Dr. Zambraña, los trabajos *heráldicos* y la obra de la ley, tuvo que tomar Wecks pasaje para Sing-Sing.

¡Cuando el Brasil se informó, Mr. Bryson al Brasil! Como marinero vino en el *Nichteroy*, y

sólo cuando le tomaron preso en Pernambuco por desertor se pudo ver que ni su nombre aparecía en los libros de a bordo, ni había recibido un solo centavo de sueldo. En Río de Janeiro le aprisionaron también, tomándole por el príncipe Leopoldo Augusto, con quien, en efecto, tiene semejanza física.

Al istmo centroamericano se va hoy por la cordillera. Va a ver la guerra que se anuncia y a detallar un nuevo escándalo político y una carnicería nueva. Tiene su hogar en Venezuela. Se casó con una venezolana a bordo de un buque de guerra.

Su oficina está en cada país de América en que haya *farra*. Y ahora, *ifarewell*, Mr. Bryson, *farewell!*

La esfinge.

(Diálogo.)

Habían ALFA y OMEGA.

ALFA

Hemos visto a ese extraño Onofroff. Mi escepticismo, no obstante, no ha sido vencido. Los hechos están a la vista. La explicación de ellos: he ahí todo. Creo en lo que he visto; no creo en las causas que tú expones, supraterrrestres y extranaturales.

OMEGA

Pecas contra el gran Santo Tomás, que condena a «aquellos que, demasiado confiados en sus propias luces, juzgan verdadero todo lo que ven, y falso todo lo que no ven».

ALFA

Y tú pecas contra Tácito: *Majorem fidem homines adhibent tuis que non intelligunt. Cupidine humani ingenii libentius obscura credunt.* ¿Con qué ojos ve el raro Onofroff? ¿Existe, pues, el *periespíritu* de los espiritistas, el *cuerpo espiritual* de San Pablo, el *cuerpo sutil* cartesiano y leibnitziano, el *mediador plástico* de Cudworth, el llamado *cuerpo etéreo*? ¿Llegaremos a creer en la teosofía de Mme. Blavastky y, lo que es peor, a peladanizarnos? Podríamos así tener por cierta la existencia del diablo. Supongo que no entenderás llevarme hasta allí.

OMEGA

Escucha. El diablo existe. Si un cura de un cuento de Villiers de l'Isle Adam reveló el llamado secreto de la iglesia, es decir, que no existe el purgatorio, lo que es el diablo sí existe. Se ha asegurado que solamente a Azrael obedecen seiscientas legiones de demonios. Lo cual no es

extraño. La estadística infernal, en el siglo xv, nos da números fijos y netos. El demonólogo Jean Wier apunta la cantidad de 7.405.900 diablos, regidos por 72 príncipes. Escucha aún más. La idea de lo misterioso no puede ser destruída en la mente humana. «¡La Ciencia!», exclamarás... Ya ves que Brunetière anunció escandalosamente la bancarrota de la Ciencia... Y la Ciencia alta y verdadera no niega lo misterioso. Por boca de sus grandes apóstoles ha reconocido que el sentimiento de lo incognoscible es indestructible en las almas modernas. Así implantó Huxley su agnosticismo; así el mismo Herbert Spencer ha dejado en su sistema abierta «esa puerta peligrosa» de lo desconocido; así Littré ha podido afirmar que nuestra ignorancia es infinita en cuanto al espacio y en cuanto al tiempo. «Preciso es confesarlo — dice —, y es preciso que esta confesión influya sobre nuestro modo de pensar. Yo acepto las graves lecciones que emanan de lo incognoscible. La razón tiene la pretensión de racionalizarlo todo, sea dicho sin pleonismo. Lo desconocido se opone directa-

mente a esa tendencia temeraria, sin discusión y por su sola presencia. Bástame contemplarlo sobre el trono de su sombría grandeza para des-
embarazarme de todos los dogmatismos espiri-
tualistas o materialistas.»

Los grandes y verdaderos sabios, mi querido Alfa, no borran de su diccionario la formidable palabra *misterio*. Claudio Bernard, que lo era, asegura que al llegar a cierto punto, el sabio verdadero «se deja mecer por el viento de lo desconocido en las sublimidades de la ignorancia»; y el modernísimo Fonsagrives nos afirma que el dominio de lo incognoscible permanece grandísimo, puesto que no conocemos sino una parte de las esencias, y eso en virtud de analogías. Verdaderamente, no sabemos el todo de nada; el misterio nos envuelve, y no llegamos ni a explicarnos cómo un fenómeno está ligado a otro fenómeno.

ALFA

Te ruego que volvamos a ese brujo. Lo que hemos visto es para vencer el escepticismo de

cualquiera, menos el mío. ¿Mas no habrá en la adivinación algún sutil *truc*, alguna especialísima engañifa?

Por de pronto, no acepto de ningún modo el lado milagroso. Lo más que podría conceder es que nos encontramos en presencia de un enfermo, un caso de la Salpêtrière, un sujeto de Charcot.

OMEGA

A principios de siglo escribía Decluze en su *Historia crítica del magnetismo animal*: «No es con los hechos extraordinarios como se puede llevar la convicción a los escépticos. Hay siempre mayor tendencia a creer en una mentira que en un milagro, como muy bien se ha dicho; así, cuando se nos anuncia un hecho milagroso, no vamos muy fuera de la razón si creemos desde luego que es falso.» El método que seguía Decluze era de observación, comparación, clasificación de hechos, para descubrir el vínculo que los une y las leyes que los rigen. Para la ciencia

oriental, para la ciencia de los mahaturas del Tibet, Charcot y sus seguidores deletrean en el abecedario de lo desconocido. La ciencia de lo oculto, que era antes perteneciente a los iniciados, a los adeptos, renace hoy con nuevas investigaciones de sabios y Sociedades especiales. La ciencia oficial de los occidentales no ha podido aún aceptar ciertas manifestaciones extraordinarias — pero no fuera de lo natural en su sentido absoluto —, como las demostradas por Crookes y Mme. Blavastky. Mas esperan los fervorosos que con el perfeccionamiento sucesivo de la Humanidad llegará un tiempo en que no será ya arcano la antigua *scientia occulta*, *scientia occultati*, *scientia occultans*. Llegará un día en que la Ciencia y la Religión, confundidas, hagan ascender al hombre al conocimiento de la *ciencia de la vida*.

ALFA

¡Oh padre Adán! ¡Y qué delito cometió con no traer, al salir del Paraíso, siquiera una semilla del árbol de la ciencia!

OMEGA

Estás equivocado. Adán sembró fuera del Paraíso semillas del árbol divino. Éste crece y fructifica. Lo difícil es encontrarle. De sus frutos han comido algunos favorecidos. Comió Orfeo, comió Pitágoras, comieron Licurgo y Jamblico. Por eso de sus labios han brotado maravillas, tal como brotan inauditas canciones de los pájaros que picotean uvas encantadas. En todos los tiempos ha habido seres privilegiados que han saboreado el fruto inmortal. Mas han tenido que aislarse, porque en la baraúnda del mundo no se les ha comprendido. «El mundo no sabe lo que yo quiero decir», decía Ruisbraeck el Admirable. Esos hombres extraordinarios han conversado y conversarán con los seres misteriosos que son directores de las fuerzas incógnitas de la Naturaleza: lo mismo Jamblico, que evoca en una fuente a los daimones Ervo y Anteros, que Francisco de Asís, asistido por los espíritus de Dios. Cuenta Saint-Ines d'Alveydre que antes

de comenzar los misterios de Isis, se ofrecía al recién iniciado una caja pequeña de piedra dura que tenía la forma de un pobre animal simbólico: un escarabajo. ¡Bah!, diría un escéptico moderno. Mas al abrir ese modesto jeroglífico, hallábase dentro un huevo de oro puro, que encerraba, esculpido en piedras preciosas, los Cabires, los dioses reveladores y sus doce mansiones sagradas. Tal era el exquisito método según el cual la antigua sabiduría encerraba piadosamente en la palabra y en el corazón el conocimiento de la verdad. Y esta vuelta simbólica, este hermetismo de triple faz llegaba a ser más y más profundo, más y más sabio, a medida que el grado de la Ciencia se acercaba más al divino misterio de la vida universal.

¿No crees que esos antiguos de que habla d'Alveydre valían más que los sabios del Instituto de hoy?

ALFA

«¡Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras!»

OMEGA

«Hay muchas cosas, Bernardo, entre el cielo y la tierra que no comprende nuestra filosofía.»

ALFA

¿Me has dicho que hoy mismo hay quienes pierden su tiempo dedicándose a buscar el fruto del famoso árbol?

OMEGA

Sí. Oye un extracto de A. Poisson. En la alta vida europea se es ocultista, se es mago, porque es la moda; se hace el brujo como se ha hecho el clown. *Pero eso* nos lleva lejos de nuestro objeto. Ante todo, ¿qué es el ocultismo? El ocultismo o ciencia oculta, se dice la filosofía por excelencia, madre de todas las ciencias; posee un método especial: la analogía; enseña desde hace siglos la evolución y algo más: la invaluable clave de todas las ciencias, y las reúne todas en una síntesis general. Estudia

las ciencias oficiales y las ciencias ocultas propiamente dichas, y las concilia perfectamente. Pero si su conciencia es una, los ocultistas la separan en tres campos. Hablaremos desde luego de los dos primeros, menos importantes, para llegar al tercero. El primer grupo, la Sociedad teosófica, fundada por Mme. Blavastky y el coronel Olcott, hizo ruido cuando su aparición, y se esparció por Europa y América; pero pronto el monstruoso charlatanismo se apoderó del asunto y muchas ramas se segregaron. Hoy la Sociedad teosófica puede decirse que casi no existe.

El segundo grupo no vale sino en la persona de su jefe, Josephin Peladán, literato genial que se declara discípulo de Balzac y del gran Barbey d'Auverilly, pero que no es sino Él mismo.

El grupo de San Peladán se llama la *Rosa Cruz*, católica y estética, y cuenta con un número limitado de afiliados.

Llegamos al tercero, que se titula Grupo independiente de estudios esotéricos. Un jefe inteligente, una pléyade de buscadores, jóvenes y viejos. El maestro es Papus.

Una sala de conferencias, una biblioteca están anexas al grupo central. En el extranjero y en provincias se han adherido más de sesenta grupos. Entre los escritores que en París y en el grupo de Papus tratan de ciencias ocultas, están Papus y Barlet, ocultistas sintéticos; figuraron Stanislas de Guaita, cabalista erudito; J. Lejay, Tshela, sanscritista; Mauchel, historiador de Eliphas Levy; Leps, apóstol del celticismo. La astrología está representada por Selva; el magnetismo, por Rouxel; el arte, por Michelet; el espiritismo, por Delaune; el hipnotismo, por De Rochas; el gnosticismo, por Jules Doinel; la francmasonería, por Bertrand; la antigua alquimia, por Philophotes, y el buen sentido, por Eugenio Rus. En fin, G. Montière, J. Lermín, Bois, De Maricourt, De Sivry, Saint-Forgeau, ponen en novelas y cuentos atrayentes las verdades, los fenómenos, las teorías del ocultismo.

ALFA

De modo que Onofroff...

OMEGA

No creo que sea un iniciado. Es simplemente un hombre favorecido por la Naturaleza con el desarrollo de una fuerza oculta. Si hay daimón, no obra, por cierto, regido ni evocado por ninguna intelectualidad. Su poder de leer los pensamientos es en verdad prodigioso. Se ha dicho que es el primero que opera *sin contacto*. Esto no es cierto. M. A. Goupil nos cuenta un caso del adivinador Lauri-Ali, recientemente: «Lauri-Ali, habiendo declarado que ejecutaría los mismos actos, *pero sin contacto*, y teniendo siempre los ojos vendados, pidió que se ocultase un alfiler. Salí con dos amigos. Fuimos a un lugar aislado, a la orilla del mar, para evitar por si acaso a los *compadres*; el alfiler fué puesto bajo el cuello de mi levita, bajo mi sobretodo. Entramos al café y fuimos a sentarnos en lugares diferentes; uno de nosotros debía acompañar a Lauri-Ali en sus rebuscas, *sin tocarle* y dándole indicaciones con el pensamien-

to. Lauri-Ali caminó por algún tiempo; en fin, para ayudarle, dije alto al que le acompañaba: «Acercaos más a él.» Eso bastó para que Lauri-Ali adivinase que yo tenía el alfiler.

Se dirigió a mi lado tanteando y me tocó en la espalda; he aquí lo que asombró: llevó su mano a mi cabeza, y apenas me había tocado, cuando con un movimiento rapidísimo, metió la mano en mi cuello y arrancó el alfiler. El contacto le había hecho adivinar que el alfiler estaba allí.

Hay, pues, un verdadero fenómeno psíquico, pero que no es, propiamente hablando, una transmisión de pensamiento, pues se ve al sujeto detallando la operación por hacer; si hubiese transmisión de pensamiento, estaría desde el principio al cabo de lo que había que hacer y no necesitaría ninguna ayuda. Es un encadenamiento de ideas sobre un encadenamiento de actos materiales que cumplir; la porción ya exacta de los actos cumplidos excita desde luego el pensamiento de aquel que debe transmitir y armoniza mejor la intuición del sujeto con la porción de

actos restantes por cumplir; de suerte que una vez en la vía, el fenómeno de intuición se acentúa y el sujeto llega con una seguridad asombrosa al resultado deseado.

ALFA

¿Pero qué es Onofroff?

OMEGA

Para los antiguos tendría Píthon, como dice la Biblia. Sería considerado como poseso o brujo. La influencia diabólica se vería claramente, si hemos de estar a la opinión de los demonólogos. Uno de ellos (M. D.), en su *Traité sur la magie, le sortilège, les possessions, obsessions et maléfices*, dice: «Hay marcas evidentes para juzgar y convencerse, tales como son: la comprensión de lenguas desconocidas—Onofroff se deja guiar así se piense en malayo como en vascuence—, la elevación durable sin ningún punto de apoyo, *la revelación de cosas ocultas, dejadas o ignoradas, etc., fuerzas sobrenaturales, etc.*»

Onofroff hubiera corrido peligro con la Inquisición.

ALFA

Mi querido Omega, he visto y he oído; no obstante, no acepto sin saber el porqué de los hechos...

OMEGA

Ese es el secreto de la Esfinge.

ALFA

Mi querido Omega, permíteme que te diga que eres un poco Peladán o charlatán.

OMEGA

Mi querido Alfa, Onofroff te llamaría «un mal sujeto», y yo también.